

Y en mi mano no está, que en este caso
 Me deje dominar de la irascible.
 Días ha que con ceño nada escaso
 Hubiera desahogado el entresijo
 De las fatigas tétricas que paso.
 Si tú en tus cobardías siempre fijo,
 No hubieras conseguido reportarme;
 Pero ya se fué, amigo, quien lo dijo.
 De aquí adelante pienso desquitarme;
 Tengo de hablar, y caiga el que cayere,
 En vano es detenerme y predicarme.
 Y si acaso tú, ú otro me dijere
 Que soy sempagano (1), y corta pala,
 Y que este empeño más persona quiere:
 Sabe, Lelio, que en esta cata, y cala,
 La furia que me impele, y que me ciega,
 Es la que el desempeño más señala;
 Que aunque es mi Musa principiante y lega
 Para escribir contra hombres tan perversos,
 Si la naturaleza me lo niega,
 La misma indignacion me hará hacer versos (2).

- 1) *Ipsse sempaganus*
Ad sacra vitum carmen affero nostrum.
 Pers. in. Prolog. v. 6.
 2) *Si natura negat, facit indignatio versum.*
 Juven. sat. I. v. 79.

*CARTA APOLOGÉTICA que escribió el PADRE ISLA
 á los Autores del Diario de los Literatos de España
 sobre el rasgo épico, verídica epifomena, etc., del
 doctor don Joaquin Cassès y Xaló.*

Muy señores míos: Escribo á Vms. segunda vez muy satisfecho, y reconocido de la aceptacion y buena acogida que mereció á Vms. mi primera Carta de 31 de Agosto de 1738, en que emprendí una jovial apología de la vida de San Antonio Abad, escrita por el incomparable don Pedro Nolasco de Ocejo, de que Vuestras Mercedes en su cuarto tomo hicieron un extraeto, más ventajoso sin duda al crédito y gloria al autor de aquel singular libro. No tuve entonces otro fin, que entablar con aquel inocente gracejo mi particular diversion (y acaso la de Vms.), por si así podía sacudir el mal humor que me habian pegado unas largas tercianas, y una muy corta cosecha. Pero Vms. no sé si para mi vanidad ó mi confusion, no solo hicieron público aquel endeble y tumultuario capricho de mi ociosidad, dándole un honroso lugar en el inmediato tomo de su diario, sino que tomaron á su cargo su defensa contra ciertos malandrines, que mal informados de mi intencion, y ánimo querian aplicarle una siniestra, y erradísima inteligencia: propia conducta de ingenios aviesos y superficiales, á quienes Vms. lograron confundir con aquella energía y fuego que está destinado para las plumas más delicadas y eruditas.

Este desmesurado favor supo producir en mí todos aquellos efectos de gratitud y reconocimiento hácia Vuestras Mercedes de que soy capaz; y animado tambien de una experiencia tan apreciable, me resuelvo á meterme en otro empeño, cuyos antecedentes referiré con exacta puntualidad, para que todos nos entendamos, y yo especialmente logre alguna disculpa en la osadía de dar á Vms. un segundo chasco con una segunda carta.

Desde que me retiré de esa Côte á esta de Vms., dejé al cuidado de un buen amigo el remitirme todos los correos la *Gaceta*, por cuyo medio tuve la noticia de un libro, al que su autor *el doctor don Joaquín Cassés y Xaló* dió por título: *Rasgo Épico, Verídica Epiphomena*, etc. La extrañeza de esta inscripcion movió mi curiosidad á ver el libro, y dando aviso á mi amigo, me le envió prontamente con un maragato de los muchos que frecuentan este país, y son los únicos que sirven de acarrear todo lo que no se encuentra en él. Como estos son gente tan záfia y tan rústica, tuvo el maragato la inadvertencia de hacer que mi libro sirviese de cuña á unos tercios de jabon y espliego, que conducia á Galicia, con lo que contrajo un olor pestífero, y al tiempo de recibirle me encalabrinó desde muy léjos con el tufo que expedía á *licor de espuma*, que tambien conocemos y gastamos por acá. Otro más supersticioso que yo se hubiera desanimado mucho, formando un mal agüero contra el libro de esta natural casualidad; pero despreciándole yo generosamente, procuré remediar el daño, sahumándole con unos granos de incienso macho y unas rajas de enebro, para que oliendo mejor,

se pudiese aplicar más gratamente á la vista y al olfato.

Con esta prevencion comencé ansiosamente la lectura, que desde luego me presentó mucho más de lo que mi imaginacion me habia figurado; y pareciéndome no era yo digno de gozar sólo de tantas bellezas y preciosidades, determiné convocar á ciertos amigos aficionados á libros, con quienes en otras ocasiones habia partido estos buenos ratos, y me habian ayudado á celebrar justamente los escritos, que, como éste, lo merecen tanto. El vivir en un lugar sumamente reducido me facilitó muy luego este intento, y á poca diligencia y tiempo me hallé en mi casa con mi compadre el *licenciado Quiroga*, beneficiado en esta villa, con el *doctor Sagade*, antiguo médico en ella, y con el *barbero Mendez*, todos tres buenos amigos, y los únicos de quien se puede echar mano para estos casos en un país en dónde anda tan tirada la racionalidad. Juntos los vocales, y por mí informados del motivo de la convocacion, se dispusieron muy gozosos á que el libro se leyese en comunidad, y aún añadió el médico, que para que la diversion fuese más útil y completa, era de sentir que cada uno dijese lo que naturalmente le ocurriese al tiempo mismo de la lectura. Convenimos todos, formando yo desde este punto el ánimo de recoger estas reflexiones, como lo ejecuté, retirándome cada una de las tres noches que duró la conferencia, y despues de acabarse, á escribir lo que en ellas se habia discurrido, con el fin de unirlas todas, y disponiendo una nueva carta para Vms. repetirme el gran gusto de asegurarles mi gratitud, estimacion y buen afecto.

Vean Vms. aquí la historia de mi segunda carta; pero antes de entrar en materia, he tenido por conveniente, y aún por necesario, el dar á Vms. una ligera idea del carácter de los interlocutores. El Quiroga es un bellissimo eclesiástico, hijo de vecino de esta Villa, y con grandes disposiciones para ser hábil, si hubiese tenido en sus estudios mejor direccion y método del que por acá se usa; por cuya falta adquirió muchos resábios de pedante, que contraresta con bastante solidéz de juicio, y un no vulgar conocimiento de la Poesía de ambas lenguas; pero sobre todo es hombre naturalmente sério, y muy amante de la formalidad.

El doctor Sagade es natural de Santiago, en dónde estudió gramática, filosofía y medicina á estilo del país, y habiendo estado en esa córte no más tiempo que el necesario para revalidarse, logró inmediatamente diferentes partidos de pequeña consideracion, que le fueron proporcionando para éste, en donde se conserva casi veinte años há. Tiene todos los vicios comunes á los de su facultad con el de reducir á ella aún las conversaciones más extrañas, y distantes, y parece furiosamente por el estilo hinchado, y voces peregrinas y campanudas. En medio de eso no le falta ingenio y conocimiento, y el que tiene de los buenos libros médicos junto con su natural felicidad, es muy á propósito para la natural conservacion de los vecinos de este pueblo.

El barbero Mendez es de las más extremadas Salandrias que ha producido nuestra España, y honra de su patria *Curullon*, lugar que dista de éste dos leguas con corta diferencia. Apénas se hallará otro

que más hable, y es gusto verle picar en todo sin haber estudiado nada, y sembrar sus largas arengas con una gran porcion de latinajos, que ha cogido al vuelo en el comercio con los curas, á que es muy aficionado; con lo que, y un gran fondo de refranes, cuentos, y coplillas, que aplica á veces con bastante dicha, nos es sumamente útil en nuestras melancolías y malos ratos.

Resta el darles á Vms. razon de mi carácter, pero creo que soy yo el que ménos puede darla. Diré no obstante que mi inclinacion y disposiciones, no parecen de las más infelices, aunque mi estudio es corto, por haberme obligado á abandonarle poco después de la Gramática la acelerada muerte de mis padres (que me dieron este lugar por pátria), y haberme menester todo entero para cuidar de la poca hacienda que me dejaron. Con motivo de diferentes pleitos, que sobre ella me han movido algunos mal intencionados, me he visto precisado á hacer tres viajes á esa córte, en dónde aumenté y pulí mi extraña aficion á los libros, que es á quien debo lo mejor de mis noticias; pero con aquella confusion y desaliño que enajendra el estudiar sin método, y por puro capricho.

Estoy persuadido á que ya tienen Vms. la instruccion suficiente, para que yo pueda introducirme en el asunto principal, y dar á Vms. cuenta de la resulta de nuestra lectura y conferencias. Poniéndolo, pues, por obra, habrán Vms. de saber, que formada ya la intencion, y dispuestos todos cuatro á leer, y examinar sobre la marcha el libro del señor Cassés; se agarró de él inmediatamente el amigo

Mendez, que está en anticuada posesion de ser el lector de la comunidad con tanto gusto suyo, que no trocará el empleo por un estuche de doce navajas de Barcelona. Apénas le tomó en la mano, le saludó con la friolera que tiene destinada para todo libro nuevo, que se reduce á cantarle con voz harto cascada aquello de

Bien venido seais amigo, carita de higo,
Pareceis á los de mi tierra, carita de breba.

Y acabada esta salva, leyó el título, ó portada, alargando el libro al cura para que leyese unos versos latinos, que se hallan al volver de la hoja, porque dijo era mucho latin para él. Leyó el cura los versos, y restituyó el libro á Mendez, quien se disponia á leer la dedicatoria, que sigue inmediatamente, pero le atajó el cura, diciendo: alto ahí, maestro, que no es razon que un título de esas circunstancias se pase sin merecer á estos señores alguna lijera reflexion.

El médico, que hasta entónes habia callado, y en quien yo observé el repetido estiramiento de cejas, que acostumbra, cuando lo que oye le satisface, ó le admira, sospechando, al parecer, que no era muy sana la intencion de Quiroga, replicó con algun enfado: si la reflexion ha de ser encomiástica y laudatoria, cual la exige lo magnífico y exótico de este título, me constituyo aperto individuo de un aplauso tan mérito. Amohinóse el cura, que suele hacerlo siempre que el médico gerigoncea, y encarándose á él, le dijo: dejémonos de algarabías, señor doctor y guarde Vmd. esos elogios que previene para ocasion más oportuna, pues tan léjos de

concurrir yo en ésta con los míos, soy de sentir, que debo vestirme del carácter del cura, que asistió al escrutinio de la librería de don Quijote, y aplicar á la obra del señor Cassés el mismo, que aquel sábio escudriñador destinó para el libro de Antonio Lofraso, poeta sardo. Porque para mí no tiene género de duda que si nuestro libro corresponde á su título, puedo decir como entónes se dijo: *Que desde que Apolo fué Apolo, las Musas Musas, y los Poetas Poetas, tan gracioso, ni tan disparatado libro como ese, no se ha compuesto*; apreciando su hallazgo, no sólo más que *una sotana de raxa de Florencia*, sino aún más que unos hábitos enteros de Tercianela de la más bien tejida.

Mendez, que estaba rabiando por meter su cucharada, apenas vió que el cura hizo punto redondo, valiéndose de la ocasion, añadió: Arrímome al dictámen del señor licenciado, porque tambien á mí me ha dado mala espina, que siendo este librejo tan desmedrado y chico, que parece ha mamado leche preñada, esto no obstante haya de tratar de *Épicos, Epiphomenas, Aclamaciones, Sistemas políticos, Descripciones históricas, Geografía, Pronósticos, Panegiricos, Críticas* y otras mil zarandajas *toto caelo* distantes unas de otras, á que fué lástima no añadiese *un poco de Aróstegui*. Y si tengo de decir verdad, á mí me va oliendo esta mescolanza al bálsamo que los charlatanes venden por esas ferias compuesto de 102 yerbas diferentes, y con innumerables virtudes para todos los males, bien que cuando llega el caso de usarle se conoce que ni aún para curar un sabañon sirve, y es preciso dar con ello en el muladar.

Ya me pareció era tiempo de que yo hablase, y así hice presente á la Asamblea, especialmente al cura y barbero, que su desabrimiento pudiera recaer con alguna razon sobre lo que fuese propio del señor Cassés, pero no sobre lo que era ageno, y dicho primeramente por otros. Causóles extrañeza mi expresión, y aún tengo la duda de que dijo Quiroga, que tales disparates no pudo haber otro que los dijese; por lo que fué preciso hacerles presente lo cierto de mi proposición, alcanzando para ella de mi tal cual librería un miserable librejo, cual es el tomo cuarto del *Mercurio literario*, en donde les hice ver á la página 31 un opúsculo igualmente intitulado *Veridica epiphomena y aclamacion*. Añadí que sin duda hubo de hacer cox este título al señor Cassés, y por esto se le aplicó para parte del de su libro, aunque le copió con tanta aceleracion, que en lugar de *epiphomena*, voz bastantemente conocida y de significacion declarada, puso *epiphomena*, término bárbaro y nunca oido. Híceles ver tambien que los tres versos de Manilio, que hacen espaldas al título del libro del señor Cassés, los tomó de la misma parte tan con su pelo, y su lana, que trasladó los mismos vicios, con que se pusieron en el *Mercurio*; y así en uno y otro libro se lee *libera* por *litera* en el primer verso, con lo que queda sin sentido alguno; y en el tercero falta la palabra *nova*, que aunque no destruye enteramente el sentido, le deja á lo ménos imperfecto, y sobre todo destruye la cadencia y medida del verso. Todos convinieron en que la demostracion era palmaria y mientras el cura y médico admiraban mentalmente la habilidad de robar hasta los títulos de los libros, y

que no entiende de arrobos, exclamó diciendo con un poco de socarronería: Tó, tó, buena la hemos hecho si el señor Cassés prosigue bebiendo en tan buenas fuentes, no puede ménos de estar divertido; pero por si así sucede, desde ahora para entonces le digo aquello de: Acúsome Padre, que soy carpintero; adelante hijo, zoquete tenemos.

Decir esto, volver á agarrar el libro, y ponerse á leer la dedicatoria, fué todo uno. Tardó en ella una buena media hora, en que se conoció habia padecido el pobre Mendez muchas agonías y desasosiegos, y yo lo acabé de confirmar viendo que apenas dió fin, cuando tiró el libro con manifiesto enfado sobre la mesa que teníamos enmedio, y volviendose hácia mí, me dijo: Venga vino, que no puedo gañir. Levantéme á dar providencia de que se sócorriese la alteracion del barbero, y al volver á ocupar mi puesto, encontré al cura mirando á las vigas, haciendo sonsonetes con los dedos sobre el brazo de la silla, y cantando en falsete aquellas palabras de Juvenal: *Verbosa et grandis Epistola venit á Capreis*. A este tiempo expresó el médico habia advertido, que mientras leyó le dedicatoria Mendez, habia expectorado diez y siete veces, y que el esputo era de las once en adelante craso y glutinoso; lo que denotaba que consumida ya la parte más ténue y linfática del excremento, que se expele por medio de los conductos salivales, la nimia agitacion de las mandíbulas atraía violentamente otra porcion menos decocta y desecada; que sin duda la dedicatoria era larga, pero el estilo estaba de buen gusto.

Per mare, per terras, per lertia numina juro (dijo

en tono de enfadado Quiroga, encarándose con el médico), que yo no acabo de entender como un hombre de razon y talentos tiene por de buen gusto un estilo, que tan desde luego se deja reputar por el más bárbaro, insufrible y disparatado que hemos visto en estos tiempos, aunque en ellos tan desconocido se halla el buen lenguaje. A Vmd. sin duda le induce á esta irregularidad de juicio el estar altamente poseido del comun vicio de sus comprofesores, entre quienes se ha hecho ya naturaleza la extravagancia en el hablar. Desnúdese Vmd. por un rato, si puede, del carácter de médico, y podrá conocer que en esta parte ha logrado hacerse inimitable el señor Cassés, aunque hubiese alguno que por empatárselas, se pusiese á disparatar muy de propósito; y que ha conseguido unir en sí todos los defectos de extrañeza, afectacion, ridiculéz, mala colocacion, oscuridad, dureza, falta de sentido y los demás con que saben pervertir el estilo aquellos en quienes el estudio es poco y el buen gusto ninguno.

Pero porque no piense Vmd. (añadió mi cura) que me niego á repetir el exámen para asegurar el acierto del juicio, tengo yo mismo de volver á leer una ú otra cláusula de esta dedicatoria, por si este nuevo oficio logra desvanecer en Vmd. los vicios de una primera impresion mal reflexionada. Y tomando el libro le abrió en la dedicatoria por donde primero le ocurrió, y nos leyó la siguiente cláusula: *Siendo á pesar de la envidia idéptico el renombre de elocuentes, sabios, peritos y doctos á los Excmos. señores de Villena, resplandeciendo sus ascendientes transversales y descendientes no solamente como Sol, Astros, Luz y*

Estrellas en la enseñanza de los que en la Pineal del Emporio tienen de su inmortalidad y viveza el centro, custodia, alcázar y concha peregrina; pero y de los que en superior gerarquía desde su creacion primera, dominando celeste mansion á estímulos de la rebeldía, son del Aberno custodia, pavor, espanto, caos, tinieblas, terror, tormento y centinela. Leida esta cláusula volvió el propio cura algunas hojas, y pidió atencion para otra, en que hablando el señor Cassés de uno de los gloriosos ascendientes de su Excmo. Mecenas, dice así: *Semejándose en todo y por todo á Cayo Mario, siete veces Cónsul que fué y uno de los mayores héroes romanos, del que refiere tanto al intento lo máximo de su historia, que no pudiendo equilibrar de mi voluntad el afecto en el vilnice de la expresion de esta equiponderante estatura, remito para la prueba á la realidad de la historia.*

Culto va, señora hermosa, dijo á esta sazón Mendez limpiándose con la capa los bigotes de los relieves, que en ellos dejaron dos cortadillos de buen licor que se habia soplado: mas deseando yo indultar al médico de la confusion que conocí le habian ocasionado las vivas reflexiones del cura, propuse que cesando ya de discurrir sobre el estilo, con reserva de continuar, si fuese necesario, cuando estuviese más adelantada la lectura, se dijese algo acerca de los pensamientos, disposicion y método de esta dedicatoria. Eso de pensamientos, método y disposicion (añadió inmediatamente Quiroga) son países enteramente desconocidos de nuestro autor, cuyos Antípodas, la Barbaria y Noruega, dá á entender son los que más ha trillado, y en dónde ha hecho su más co-

mun residencia. Procuren Vms. refrescar la idea de lo que acaban de oír, y reducirla á un sólo punto de vista, y notarán que muy naturalmente se les ofrece la de que esta dedicatoria no es otra cosa que un fastidiosísimo tejido de especies extrañas, absurdas y perversamente corrompidas. Advertirán tambien que no se propuso otro fin el señor Cassés, que el de tizar dos largos pliegos de papel, embutiendo cuanto tuerto ó travieso se presentó á su mal gobernada imaginacion, sin tener más regla ó norte que su indiscreto arbitrio, enteramente subordinado al pedantismo y gusto depravado: y si á esto se agregase la natural y continuada rusticidad de la expresion, podrá aplicarse con suma propiedad este autor las facultades que á Melibeo dijo Titiro le habia concedido su héroe ó deidad: *Ludere quæ vellem calamo permisit agresti.*

Interrumpió aquí el médico al cura, para prevenirle que su dictámen era muy acre y corrosivo, y que convendria, para hacerle más grato, el corregirle y atemperarle con la exposicion de algunas particularidades. Yo creia (replicó Quiroga) que las dos cláusulas que poco há volví á leer, pudieran servir para poderse formar concepto cabal del ingenio y gusto con que está escrita la dedicatoria, y escusar mayor individualidad; pero pues Vmd., segun parece, no ha quedado enteramente convencido, suplico me diga: ¿á quién se le habrá antojado sino al señor Cassés el traer á Elipo por símbolo de los grandes héroes, cuando á este personaje sólo se le conoce por las bellas hazañas de haber muerto á su padre y casádose con su madre? ¿Habrá quién venga bien en que se le

compare á sugeto tan desengañado? ¿Y cree Vmd. que la Excma. Casa de Villena quedará debidamente elogiada con tan bien pensado paralelo? Atravesóse aquí Mendez, diciendo que tambien él tenia sus noticias de Edipillo, y que aunque mirado por el lado que le representaba el señor cura, no parecia muy á propósito para dechado de los hombres grandes, pudiera serlo acaso considerándole por otro distinto; porque no tenia duda que fue grande adivinador de acertijos, y aún se creia que habia sido el inventor del juego de *Codin de Codan*, que ha llegado hasta nuestros tiempos.

Reímonos todos de la maliciosa sandez del barbero, y prosiguiendo Quiroga en hacer ver al médico los defectos, que segun él, tenia la dedicatoria, notó, que uno de los mayores, y que suponía otros muchos, era la especial maña del señor Cassés en estropear y desfigurar los nombres propios más conocidos, diciendo varias veces *Archimiudes*, *Herodina*, *Finistrato*, *Ideptico*, y otros de este jaez, tan bárbaros y desconocidos, como todos aquellos, que forja por su mero capricho, cuales son *meleidad*, *sferida*, *presautar*, y los que todavía se encontrarían. Espresó asimismo el indiscreto uso de las más ridiculas y despreciables noticias genealógicas, adoptando la insoportable vulgaridad de señalar por origen de la familia de los Osorios á Nabucodonosor, y de la de los Pachecos á los romanos; y equivocando con una indisculpable materialidad la de Ferrara con la de Ferrari, que hace originaria de este, cuando el apellido es este, y Ferrara el lugar del origen ó establecimiento.

Haya risa, y él perdone (añadió el barbero) como cuando se equivocó Maricorvino, y por decir á Montilla *mi querido*, le dijo, *miz querido*; y prevengan Vms. una segunda carcajada para esta espresion del señor Cassés, que tengo aquí presente, en que hablando de la formacion de su héroe por la naturaleza, dice, que *se experimentó de ensamblador el ejercicio, porque para darle á la luz del mundo, gastó los materiales de Mayorazgo y de segundo; y tuvo mucho que arrojar para juntar en un hombre perfectísimo, y solo las excelencias de Mayorazgo y los talentos de Escudero. Juro coram Cristo Jesu*, que con ser yo un pobre barbero y un no rico Mendez, agradecería al señor Cassés con una tranca, ó un buen cantazo el pensamiento de decir, que para formarme la naturaleza empuñó mazo y escoplo, y arrojó muchas virtas para calentar el cazo de la cola. *Dii vestram fidem.* ¡Y qué monton de desatinos! Aún á mí se me hace irregular (dijo Sagade) ese modo de excogitar la generacion del ente racional; y aunque esta materia, como no íntegramente consabida, es muy dimicada entre los médicos, y físicos modernos, en ninguno he inspeccionado tan exótica formacion del feto.

Como yo soy fácil de reir, no pude excusarlo al oír esta intempestiva algaravía del médico; aunque por no malquistarme con él, dí por pretexto de mi carcajada el haber notado que el señor Cassés en su dedicatoria, expone el peregrino descubrimiento de que tenemos en España nada ménos que el Parnaso con la celebrada fuente cabalina y que se halla en la ciudad de Cuenca ó en alguno de aquellos montes de la Alcarria; con lo que quedarán sumamente confun-

didos los que hasta ahora ponian uno y otro muchas leguas de aquí. Añadí que esto no podia dejar de ser, si fuese cierto lo que de uno de los ascendientes de su Mecenás expresó el señor Cassés cuando dijo, que *bebió en Cuenca los fluidos de la gran Castalia*. Bien que me hacia cargo, de que esto pudo haber sido trayendo el agua en cántaros desde el Parnaso á Cuenca, como se hace á veces con otras aguas saludables para aquellos que no pueden ir á beberlas al mismo manantial.

Concluyamos de una vez (replicó el cura) y quedemos de acuerdo en que el señor Cassés erró el modo de elogiar la Excma. Casa de Villena, valiéndose para ello de espresiones é hipérboles extraños, é inverosímiles. En los puramente históricos ó fabulosos, sólo se verifica la ignorancia, y el mal gusto; pero en el uso frecuente de unir lo sagrado á la profano es más intolerable el desacierto, por lo que puede peligrar la piedad. No hay paciencia para oír que el señor Cassés diga que *David nació para mucho, siendo en realidad poco, y para muchísimo el Progenitor de su Mecenás, siendo en realidad máximo en todo.* ¡Á quién no causará algun escándalo, y mucho fastidio una cláusula tan despropositada, y un lugar tan comun de un miserable predicador de cofradía? Los elogios exorbitantes y extrañamente afectados, más desazonan, que satisfacen; más son agravios, que inciensos; y sin salir de los límites de una verdad apurada é incontestable, pudo muy bien el señor Cassés haber tributado á su grande Mecenás, y su Excma. Casa una infinidad de elogios ciertos, y bien merecidos, en que todo el mundo conviene,

porque para su gloria los ha esparcido la fama aún en los países más distantes, y como si dijésemos hasta la última Thule. Méno mal hubiera hecho, si dejando el ponerse á autor original de desatinos, se hubiese contentado con lo que se contentan otros muchos tan honrados como el señor Cassés, que es el ser meros copiantes. De este modo, con acudir á cualquiera de los buenos libros de Historia, que tenemos, y abriéndole por dónde mejor le pareciese, habria encontrado materia muy sobrada para un justo panegírico, porque advertiría, que su principal asunto anda siempre estrechamente unido (de no pocos siglos á esta parte) con las glorias de la Casa de Villena, por la mucha parte que sus distinguidos individuos han tenido perpétuamente en los grandes sucesos y más célebres acontecimientos de nuestra monarquía. Observado este método por el señor Cassés, si no le libraba del concepto de inútil repetidor de lo muy sabido, le indultaría á lo ménos del ceño con que todo lector sensato habrá abominado las extravagancias de su pueril dedicatoria, y acaso tambien del desden con que la habrá escuchado el mismo á quien se dirige; porque estoy bien informado, que la erudicion universal, y el buen gusto, y conocimiento de de la mejor literatura, es esencial carácter de la Excm. Casa de Villena; y en estos términos es muy natural que su grande Mecenas haya admitido este cortejo del señor Cassés, más como una de aquellas pensiones á que está sujeto el heroísmo, que como obsequio proporcionado á sus excelsos, y universalmente aplaudidos méritos. Pero pues ha llegado la hora regular de recogernos, soy

de sentir, que hagamos aqui alto, con protexta de proseguir mañana, y que nos vamos cada uno á nuestra casa, en dónde ya nos echarán ménos.

Me conformo, dijo Mendez, porque ya á mí me vá haciendo fuerza la gana de cenar: pero ántes quisiera que el señor licenciado me sacase de un cuidadillo que me urge rato há y me dijese, ¿quién es aquella mala gente llamada *épocas*, enemigos de la fé católica, contra quiénes David habia de pelear para destruirlos, segun refiere el señor Cassés? Maestro, interrumpió el cura rebozando seriedad y ceño, esas materias no son propias para chanzonetas y jovialidades; mirad lo que decís, ó me dareis lugar á que piense que esa union de *épocas*, enemigos con la fé católica, y David, es efecto del buen vino que encierra el señor don Hugo, y de que poco há encerrásteis vos dos vasos en vuestro estómago. Todo puede ser, prosiguió el médico, porque está experimentalmente observado, que los hábitos del mero conturban y pervierten con suma facilidad las imágenes que residen en los senos interiores del cerebro.

Vms. me honran, caballeros, dijo algo mohino el barbero; pero tengo de omitir el volver por mi crédito, esperando que lo haga caritativamente el señor Cassés, y para ello oigan Vms. esta cláusula de su dedicatoria, en que despues de expresar que David colgó en el templo la espada, añade: *No ya por ociosa después de haber cortado la cabeza al gigante, si útil peleando contra los Épocas de la religion católica, y los enemigos de la Iglesia.* Por las órdenes que recibí, saltó el Cura todo conmovido, que desde que el mundo es mundo, es imposible haya habido algun

escritor tan furioso, que en tan pocas voces haya embutido tal monton de desbarros y disparates. Ya digo, que no es Mendez el caliente y que es preciso pedirle mil sérios perdones. ¡*Proh Diu immortales!* ¡David peleando contra los Épocas de la religion católica! ¡David contra los enemigos de la Iglesia!

No fuera malo, dijo el barbero á Quiroga, que Vmd. hubiese añadido aquello de: caiga el cielo sobre mí, ó ¡*no hay en el mundo corazas!* Pero pues ya estoy satisfecho de mi agravio con tan formal retraccion, quisiera quedarlo tambien en cuanto á apurar y saber quiénes son estos malditos Épocas, que ya me cuestan tan caro. Déjese de eso, maestro, respondió Quiroga, y advierta, que ahí se halla una solemne prueba de la ignorancia y cortos alcances del autor del rasgo Épico. Las épocas no han sido, no son, ni nunca podrán ser gente, ó personas. Los cronologistas llaman épocas á aquellos sucesos memorables desde donde empiezan á contar el tiempo, como la creacion del mundo, el nacimiento de Cristo nuestro bien, etc. Divídenlas en sagradas y profanas, públicas y particulares; y esto es todo, ó lo más que hay que saber en la materia. Me alegro por cierto, replicó Mendez, porque yo estaha firmemente impresionado de que los dichos Épocas eran algunos Jueces de valdíos, ú otra gente perjudicial, y no me pesaba de que llevasen tunda. Mas, pues, salimos ya de este cuidado, vamos á salir del de la cena, y *pax christi*.

Con esto nos levantamos todos, y tomando yo el libro, que acababa de soltar Mendez, dije que aunque fuese de pié habian de oír una breve cláusula de

la dedicatoria, en que no se habia hecho alto, en medio de que lo merecia acaso mejor que otra alguna. Cuando yo tengo hambre, replicó el barbero, ni oigo, ni veo, ni tengo uso de los demás sentidos porque sólo me acuerdo vivamente de la coplilla, que dice:

¿Estando muerta de hambre
Me pides celos?
Traéme pan, y comamos,
Luego hablaremos.

Y así déjese para mañana, pues estamos convenidos en proseguir la obra pía; y á este tiempo dió dos pasos hácia la puerta. Detúvole por la capa el médico, diciéndole: ¿posible es, maestro, que el ácido disolvente es en Vmd. tan ejecutivo, que no puede dilatar por un exíguo rato la exigencia del pábulo? Ea, despachemos con ello, replicó Mendez, porque me temo que sino, la he de perder doble.

Viendo yo, en fin, la gente atenta, les leí la siguiente cláusula: *el docto Euripides, de artificiosa mano, con dificultad pudo fiada del pincel estrechar compendioso en breve mapa la capacidad extensa*. Quedaron todos en accion de imaginativos, y el primero que rompió el silencio fué el médico, diciendo: tiempo há que yo oí eso mismo, ó cosa que mucho se le aproxima. Los demás vinieron á decir lo propio, y me pidieron, que pues maliciosamente, al parecer, les habia metido en esta ligera confusion, les sacase cuanto ántes de ella. Hícelo yo así, demostrándoles que esta cláusula es la misma con que empieza el *Señor Ocejo* su dedicatoria del libro de la vida de San Antonio Abad, que tanto nos habia di-

vertido el año de 38, y que sin duda mereció todo el agrado del señor Cassés, cuando la tomó tan cabalmente para su uso.

Como les refresqué la especie, cayeron todos en que era lo que yo decia, á que Mendez, torciendo una y otra vez la cabeza, añadió: ¿Copiante del mercurio literario? ¿Copiante de Ocejo? *Optime*; pero yo tambien quiero copiarne á mí mismo, y repetir lo de: acúsome Padre, que soy carpintero; adelante, hijo, zoquete tenemos. Bien dije yo, que si este santo caballero bebia en tan buenas fuentes, no podia ménos de estar sazonado, y de buen gusto. Presumo, que sin duda (prosiguió encarándose hácia mí) le hubo el señor Ocejo de comunicar los instrumentos originales que tiene, y con que se comprueba que el amigo *Eurípides Gutierrez de la Espriella* fué pintor, y de iglesias en tiempo del rey García de Navarra; y á mí me parece de perlas, pues como dice el refran: ¿de qué sirve el compadre, que en la ocasion no vale? Digo esto, porque yo desde luego me persuado á que son muy grandes amigos (y acaso compadres) estos dos escritores, y con razon, porque para en uno son los dos, y aún se les puede aplicar *proportione servata* lo que se dice de las Palomas:

Se comunican las almas
Por el cauce de los picos.

Lo cierto es, añadió Quiroga, que yo encuentro en ambos una singular conformidad de pensamientos, expresiones, erudicion, estilo, y demás adminículos de la profesion de autor público; en tanto grado, que fácilmente creería á quien me asegurase que era

uno mismo con dos nombres. Pero *claudite jam pueri rivos, sat prata biberunt*; y pues Mendez está hambriento, y los demás haciendo falta á nuestras familias, adios, señor don Hugo, hasta mañana á la hora sólita; y dándonos mutuamente las buenas noches, concluimos nuestra primera conferencia.

Y por haberme puesto á escribir tarde (efecto de mi natural pereza), me falta tiempo para comunicar á Vms. las reflexiones que tengo recogidas, de la segunda y tercera. No me ha parecido justo, teniendo la cosa en tan buen estado, y admitiendo una cómoda division, perder la oportunidad de este correo, á fin de que cuanto ántes observen Vms. cómo se discurre en el Vierzo. Para el que viene serán Vms. puntualmente servidos con el resto de nuestras conversaciones y discursos sobre el rasgo Épico, quedando yo siempre muy para servir á Vms. y deseando logren estas próximas Pascuas, y otras muchas muy felices, y gustosas en vida del Diario, y de todo lo que Vms. bien quieren. Así se lo pido á la divina magestad, como el que guarde Vms. dilatados años. Cacabelos, y Diciembre 10 de 1741. — B. L. M. de Vms. su más seguro y reconocido servidor. — *Don Hugo Herrera de Juspedós*. — *Señores don Juan Martiñex Salafranca, y don Leopoldo Jeronimo Puig.*

SÁTIRA á las damas que usan de afeites, y desmienten su estatura con lo desmesurado de los tacones, y otras invenciones extravagantes.

Si cojes de repente
 En traje descuidado y negligente
 A una dama en su cuarto ó una mozueta
 Tendrasla por sardina ó por truchuela;
 Tan seca, tan enjuta y estrujada,
 Que ménos es mujer, que rebanada.
 Pero espera un poco,
 Que presto verás ninfá á la que es coco;
 Deja que salga á vista por las calles,
 Qué, aunque cien veces la halles,
 Has de decir, mirando á la doncella:
 « ¡ Vive Dios Santo, que ya es otra aquellal
 « ¡ Cómo creció una cuarta en un instantel
 « ¡ Hoy plenilunio, la que ayer menguantel
 « ¡ Cabia ayer metida en cualquier cestol
 « ¡ Y hoy no cabe en la plaza! ¿ Cómo es esto?
 No te canses, Lucillo, en reflexiones,
 Pues ¿ no ves que se empina en dos tacones,
 Tan altos, tan iguales,
 Que salen con tacon los carcañales.
 Y ¿ piensas se contenta
 Con crecer por los piés? Tambien intenta
 Poner en la cabeza su cuarto alto.
 Dá con la vista un salto,
 Y verás el tupé, el jardín, el rizo,
 La mitad natural, la otra postizo,
 Con el petiboné medio al desgaire;
 Pues todo es ganar tierra por el aire.
 Pero lo que más te pasma,
 (Aún más que todo admirarás una fantasma)
 Es verla tan anchota,
 Que casi llena un juego de pelota;
 Y dudas al mirar el embolterio,
 Si acaso aquello que anda es un cimborio.

Eres un monaguillo,
 Pues ¿ no ves que es milagro del tontillo?
 Aquel que á las casadas
 Sirve entre otras mil cosas excusadas;
 Pero en tal cual soltera no muy lisa,
 Es sin duda una alhaja muy precisa.
 ¿ Para qué, me dirás? Eres sincero;
 Íbatelo á decir, pero no quiero.
 El tontillo á la flaca la hace gorda,
 Y tal cual vez finge tórtola á la torda,
 Porque son los tontillos nobles piezas
 Para encubrir gorduras y flaquezas.
 Una mujer en fin con guarda infante
 Cátala convertida en elefante:
 ¿ Haces gestos al simil? No te llena,
 Pues por mi, más que sea una ballena.